**Renso gomez**

**Presentación DEl taller #narrativapilar**

**2021**



**Juan Noguera**

El taller de literatura y narrativa tiene como objetivos divulgar literatura rioplatense contemporánea y clásica y desarrollar habilidades en análisis literario y narrativo.

La viva imagen

Estaba en casa con la familia cuando empezó la tormenta. Habíamos pasado la tarde en la pileta y vimos cómo se formaban, hacia el este, cúmulos de nubes blancas que de a poco se chocaban entre sí o se mezclaban. Al principio un dragón, después un águila de tres cabezas. Yo estaba en la reposera. Leía a Rilke cuando el viento hizo que se volara el diario del domingo. Primero llegó esa ráfaga solitaria y segundo fue mi madre. Caminaba como si el viento fuera descomunal. Flexionaba las rodillas, encorvada, y se protegía la cabeza con un brazo y con el otro me hacía señas para que entrara. Rápido, mi amor, que se viene el huracán.

No fue un huracán sino la cola de un tornado que pasó cerca y destruyó casas de madera, lejos de la nuestra. Desde la guardia llamaron para saber si estábamos bien. No sufrimos ningún daño, dijo papá sin sonreír ni agradecer, y cortó. Vimos llover desde la galería mientras mamá cocinaba scons. Mis hermanos se peleaban. Bauti jugaba con el celular y los otros dos se movían justo cuando él necesitaba concentración. Se tiró para atrás y los tres siguieron peleando en el piso.

Cuando paró la tormenta, mamá fue a ver las plantas. Yo me había tirado en el sillón del living y seguía leyendo, tratando de no caer dormida. Aunque al rato entré en una somnolencia dominguera hermosa, pronto me trajo a la realidad el grito de mamá. Corrí para ver qué había pasado. ¡Mariana! es la viva imagen, Marianita es él. Mirá, te digo. Mamá estaba parada en el medio del parque, con las piernas abiertas, las manos sobre la frente y cada tanto miraba al cielo.

Mirá, mirá, me dijo cuando me acerqué, ¿no es él? ¿Quién?

* El Arcángel Gabriel. En el pasto había una hoja de palmera.

Después de cenar fui al cuarto y seguí leyendo. Un libro cada ocho días, esa era la nueva meta y solo tenía que ser constante. Después de haber leído durante dos horas me di cuenta que ya no tenía ganas. Dejé el libro sobre el escritorio, me levanté para apagar la luz del cuarto y desde la ventana vi que en el parque mamá iba hacia la huerta con una vela encendida. Abrí la ventana y le grité que qué estaba haciendo ahí. Me dijo que era para el Arcángel. Dejó con mucho cuidado la vela a los pies de la hoja de palmera. Estuvo en cuclillas mientras parecía que rezaba. Después volvió cantando gracias al señor. Cuando se me estaban cerrando los ojos escuché un ruido muy fuerte. Salí del cuarto y vi que al pie de la escalera estaban mis hermanos, peleando entre ellos, tratando de levantarse. ¡Mamá! Grité, se cayeron los chicos. Pero ella siguió con la novela.

Un miércoles a media mañana terminé *Cartas a un joven poeta*. Mamá estaba cocinando y tenía la tele prendida. Me acerqué, la saludé y le pregunté cómo estaba, mientras abría la heladera. No había nada para comer. Me dijo que estaba bien, que había que ir al super y que bien podría ir yo. Y agregó que ahora que había terminado la universidad, también podría ayudar un poquito más en casa, antes que papá dijera algo. Estoy buscando trabajo, mamá. Cerré la heladera. Aproveché la ida al súper para comprar otro libro. El de Rilke lo había terminado en cuatro días. A la vuelta vi desde la ventana de la cocina que mamá estaba otra vez en cuclillas donde hacía una semana había puesto la hoja. Fui a ver qué hacía. ¿Todavía lo tenés ahí, mamá? Digo, la tenés. Sí, claro, Marianita. Cómo lo voy a tirar. Mirá, lo barnicé para que no se arruinara con el agua. ¿Viste qué loco está el clima?

Mamá, es La hoja. Mariana, es El Arcángel. Gabriel. La. Él.

El día estaba perfecto para tirarse al sol y leer. Cerca de treinta grados. Era el turno de *El discurso vacío*, de Mario Levrero. Me lo habían vendido dos personas a la vez. Entré a la librería y estaban tomando mates. Escuchaban Aquelarre. Fui a preguntar por una recomendación y me miraron los dos: ¿Qué te gusta leer? ¿Cuál fue el último que leíste? Casi sin darme cuenta pasaron cuatro horas. Bajé para arreglar el mate, calentar el agua y vi que mamá estaba otra vez cerca de la hoja arcángel.

Mamá, qué hacés, le grité. Estaba agachada culo para arriba sobre la ligustrina y no se le veía la mitad del cuerpo. Estoy construyendo un altar, hija.

Cuando papá llegó del trabajo le pedí que habláramos. Mamá había salido a comprar helado y aproveché que mis hermanos dormían. Me dijo que no me preocupara, que ya sabía cómo era ella. Que ya se le iba a pasar. Qué el domingo la llevábamos a la cancha y se le pasaba. Pero a mamá no le gusta…Se le va a pasar, hijita, se le va a pasar. ¿No tenés que hacer nada para el colegio?

Bautista, Pablo y Dalí habían nacido pegados. Eran trillizos que compartían cinco vértebras dorsales. Durante la infancia desarrollaron habilidades propias de un monstruo castrado, de una bestia doméstica. Y como para nosotros había sido siempre normal, no nos importaba que para que uno comiera, los otros esperaban dados vuelta, mientras jugaban con el celular. Dalí era el más lento, había tenido un retraso madurativo y desde hacía cinco años la evolución se hacía más evidente. Pablo y Bautista eran iguales. Muy inteligentes. A los doce años decidieron dedicarse a la ciencia. Habían pensado en la música, teatro, pero coincidieron que en ninguna otra actividad podrían llevar adelante con la comodidad de su fisonomía. Bauti y el resto me preguntaron si sabía en qué andaba mamá. Les conté del suceso del arcángel y se largaron a reír sin poder parar. Sobre todo Dalí, que aprovechaba el momento como si fuera el único donde todavía estaba hermanado a sus trillizos. Porque, incluso a pesar de las vértebras, Bautista y Pablo se aburrían mucho cuando conversaban con él y como ignorarlo era una tarea compleja, se la pasaban el día entero estudiando, haciendo cálculos, usando auriculares. Solo durante tres horas por día, una cada seis horas, Dalí podía elegir qué hacer. Y siempre era lo mismo. Elegía mirar televisión. Los chicos aprovechaban para dormir una siesta, a su espalda.

Un domingo al mediodía, después de comer, papá invitó a Bautista a la cancha, pero Pablo no tenía ganas. No seas maricón, dijo papá. Pablo agachó la cabeza, se puso los auriculares y no dijo más.

Yo no había vuelto a visitar ningún sitio de empleos online durante más de diez días. Me la pasé leyendo. Descubrí a Levrero y ya creo que jamás podré dejarlo. Terminé con los diarios y estaba por la mitad de *La novela luminosa* cuando sonó el timbre. Era rarísimo. Me asusté. Hacía mucho que nadie venía después de las diez de la noche. Solo esperaba que no fuera Flor, o Pía o Juanita, o ninguna de mis amigas porque si papá había escuchado el timbre, mañana me iba a retar. Fui a la puerta despacio. La casa estaba a oscuras. Solo teníamos encendida la lámpara del living. No había corrido las cortinas y todo el mundo podía ver desde afuera, por lo que yo, desde adentro, quedaba ciega. En la puerta había un grupo de mujeres con una vela cada una. Todas estaban serias. Yo había quedado a medio camino, sin saber qué hacer. Medio paralizada, cuando busqué la llave de luz del pasillo, otra mano aplastó la mía en la oscuridad y grité. ¡Hija! ¿qué te pasa? Mamá había venido rápido, solícita a abrir la puerta. Me guiñó el ojo y dijo que me explicaría después. Las señoras fueron entrando sin saludarme, y el conjunto producía un sonido raro. Como un ronroneo bajito. Con olor a miel. Caminaron juntas, casi en filas, unas diez, doce mujeres. Cuando estuvieron todas en el parque, dejaron, de a una, las velas sobre el altar. De a poco todas se acomodaban detrás de mamá. Rezaron durante una hora y recién ahí me acordé que papá había llevado a Bauti a la cancha y se me pasó el miedo. Las mujeres salieron, casi igual que como entraron, pero más risueñas, sin saludarme.

Contacto:

narrativapilar@gmail.com

@renso.gomez